

pasar la corona de Sicilia á su hijo Enrique tan luego como hubiese recibido la del imperio (1); pero apenas murió el papa, Federico hizo elegir á su hijo rey de Alemania. Honorio se quejó vivamente de aquella infidelidad; Federico hizo nuevas promesas (2), pero que no le impidieron concentrar en sus manos las fuerzas de Alemania y de Italia. Para destruir un poder que amenazaba su porvenir, se aliaron los papas á los enemigos del emperador, los Lombardos. Tenía razon el papado en combatir á los Hohenstaufen; pero también éstos la tenían en buscar una garantía contra las usurpaciones de Roma en la posesion de la Italia. Si el poder de Federico era temible para la santa sede, no lo era ménos la ambición de la santa sede para el emperador. Porque ya no se trataba de una supremacía espiritual; los soberanos pontífices declararon altivamente que *Jesucristo había fundado una dominación real y sacerdotal á la vez, y que había dado á San Pedro el imperio de la tierra y de los cielos* (3). No había, pues, ningun límite á la dominación de los sucesores de San Pedro: lógicamente, ellos eran los monarcas universales de la cristiandad.

Jamas se habían manifestado con tanta altivez las pretensiones de los papas; y aquellas pretensiones amenazaban á todos los demas poderes. Federico no dejaba de decirlo en los apasionados manifiestos que dirigía á los principes y á los pueblos: "Si el papado triunfa del imperio, no habrá ya reinos ni señoríos; el obispo de Roma será el único dueño del mundo." ¿Por qué no llegó el emperador á formar una coalición contra la monarquía universal de los papas? La Inglaterra y la Francia eran los únicos reinos que hacían parte del sistema político de la Europa en el siglo XIII. La España se hallaba concentrada en sí misma por efecto de su lucha contra los Árabes; la Italia hacía nominalmente parte del imperio de Alemania, y los reinos del Norte estaban más ó ménos aislados. Toda la vida de Federico se pasó en negociaciones con la Inglaterra y la Francia, bien para obtener su apoyo contra la santa sede, ó ya para asegurarse al ménos su neutralidad.

La Inglaterra estaba entregada á continuas

(1) Acta del 1.º de Julio de 1215, en MARTENE, *Collect. Amplissima*, II, 142.

(2) *Hist. diplomatica Frederici II*, t. I, p. 469.

(3) INNOCENT. IV (véase la parte sexta de estos *Estudios*, que trata del *Pontificado y del Imperio*).

agitaciones, efecto de su naciente libertad; las fuerzas de la arrogante nobleza se concentraban en las revoluciones interiores, causa profunda de su aislamiento. Federico rató de atraerse al rey de Inglaterra por una alianza de familia, y se casó con la hermana de éste; semejante alianza presentaba caracteres de intimidación; pero la debilidad de Enrique III no permitía que se pudiera contar con su apoyo. Cuando Federico dió parte á su cuñado de la insurrección de los Lombardos, Enrique III le respondió que las injurias hechas al emperador las consideraba como hechas á él mismo, y escribió al papa y á los cardenales para que defendiesen al emperador contra las ciudades rebeldes: "Los que atacan la autoridad imperial, decía, atacan la autoridad de la Iglesia, toda vez que el emperador es el defensor nato de la sede apostólica." (1). ¿Se hacía ilusión el rey de Inglaterra en la contienda del sacerdocio y del imperio, hasta el punto de creer que el papado se había de interesar en reprimir la rebelión de los Lombardos? Aquel candor debió admirar á la corte de Roma; pero Federico se encargó de abrir los ojos á su cuñado acerca de la política de la santa sede: "El papa es el aliado de los Lombardos contra el imperio; y como las victorias de los ejércitos imperiales tienen reducidos al último extremo á los rebeldes, aparenta aquél trabajar por la paz de la cristiandad convocando un concilio, pero su verdadero objeto es prestar auxilio á los Lombardos. Mientras que éstos iban triunfando, se negaba á reunir un concilio; ahora que los ve vencidos quiere ponerlos al abrigo de las armas del emperador. Hé ahí cómo protege la corte de Roma los derechos del imperio." (2).

Enrique III ya no se podía engañar acerca de las intenciones del papa; pero era tal su debilidad, que dejó publicar en Inglaterra la bula que excomulgaba á su cuñado; é hizo más: permitió á los legados del papa imponer y cobrar subsidios sobre la Iglesia anglicana para las atenciones de la santa sede. "¿Es esa, le escribía indignado Federico, es esa la conducta de un pariente? ¿Es esa la política de un rey? ¿No ve Enrique que, obedeciendo tan neciamente las órdenes que se le envían de Roma, se constituye en aliado de nuestro mortal

(1) *Epist. Henrici ad Papam*, a. 1236 (RYMER, I, 229): "Maxime cum, si læderetur in tantum celsitudo imperialis, non leuiter se læsam reputare deberet dignitas Ecclesie romanæ."

(2) *Epist. Frederici ad Henricum*, a. 1238 (RYMER, I, 236).

enemigo? (1). ¿Procede que un hermano, un amigo, un príncipe, dé su apoyo al papa contra el emperador, estando en paz con el imperio? ¿No equivale eso á dar la razon al soberano pontífice, que se jacta vergüenza de decirlo! de que el rey de Inglaterra es su vasallo?." (2). Conociendo Federico la nulidad de su real cuñado, se dirigió á los barones para excitarles á que se opusieran á la funesta política de su rey: "Los Ingleses, les decía, están siendo los esclavos del papa, ellos que en otro tiempo se hacían notables por su libertad; ¿qué diría Ricardo Corazon de Leon? ¿Qué diría Enrique II? ¿Qué dirían todos los antepasados del rey si viesen semejante degradación?." (3). Pero la voz de Federico pasó desapercibida en medio de las turbulencias que agitaban la Inglaterra. La muerte de la emperatriz Isabel rompió el débil vínculo que unía á Enrique y á Federico, y la Inglaterra vino á ser de hecho la aliada de la Iglesia romana por los enormes subsidios que de allí sacaban los legados del papa (4). En lo más recio de la lucha, Federico hizo todavía un llamamiento al rey, para hacerle árbitro en la querrela del sacerdocio y del imperio (5). Pero Enrique se contentó con enviar embajadores al concilio de Lyon, encargándoles que sostuviesen los intereses de Federico. El orgulloso Inocencio IV ni aun se dignó escuchar las quejas que el clero inglés presentó al concilio por las extorsiones y los abusos del poder que se permitían en Inglaterra los legados pontificios.

En otra parte hemos dicho cuáles fueron las relaciones de Federico II con Luis IX. Desde que Felipe-Augusto había hecho alianza con los Hohenstaufen contra Oton y Juan Sin Tierra, las relaciones de la Francia y del imperio no habían dejado de ser amistosas, renovándose los tratados con Luis VIII y Luis IX (6). Eran aquéllos unas convenciones limitadas á consignar las buenas relaciones de vecindad que existían entre los dos reinos, pero no á establecer alianzas ofensivas ó defensivas. La nobleza de Francia, lastimada en su orgullo y en sus intereses por el creciente poder de la Iglesia, era

(1) «Capitali inimico nostro fuit obedienda.»

(2) «Gloriatur, quod non sine multa verecundia dicimus, in vobis habere dominii ligii potestatem.» *Litteræ Frederici ad Henricum*, en RYMER, I, 237.

(3) *FREDERICI, Epist. ad barones Angliæ* (RYMER, I, 237).

(4) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 97.

(5) *Epist. Henrici ad Fredericum* (RYMER, I, 260).

(6) PERTZ, *Legg.*, t. II, p. 253, 293.

hostil al papado (1), y fácil hubiera sido atraerla á una alianza con Federico II contra la santa sede. Pero semejante actitud repugnaba á las ideas religiosas del rey, y San Luis se contentó con guardar una estricta neutralidad. No permitió á los agentes de Roma levantar subsidios en Francia, y más de una vez, viendo el piadoso rey que la lucha del sacerdocio y del imperio era un obstáculo para la guerra santa, hizo tentativas con objeto de atraer á sentimientos de conciliación á varios pontífices. Pero éstos, hombres políticos más bien que cristianos, ni aun escucharon á San Luis, y continuaron la lucha con una energía salvaje contra Federico, el cual, á título de ser una especie de encarnación de los aspirantes á la monarquía universal, comprometía con ello la libertad y la dominación de la santa sede, que también aspiraba, y sin rebozo, á la monarquía universal, y no retrocedía ante ningun obstáculo para alcanzar el objeto de su ambición.

En el siglo XVI, un Italiano, hombre de genio, publicó un libro sobre la política de los principes; y cuando la humanidad se elevó á sentimientos más morales, anatematizó la doctrina de *Maquiavelo*, calificando de *maquiavelismo* la doblez y la mala fe. El *Príncipe* de Maquiavelo tuvo precursores en los papas del siglo XIII. Señores feudales de la Sicilia, no vacilaron en despojar á un niño de la herencia de sus padres, en negociar al mismo tiempo con la Inglaterra y con los últimos Hohenstaufen, en violar después la fe de los tratados y aliarse con Carlos de Anjou. Y la iniquidad se consumió; Conradino muere á manos del verdugo, y concluye el imperio. Pero entonces comienza una nueva lucha, y las naciones aparecen en la escena. El papado declina, la Iglesia va en decadencia, y los sucesores de San Pedro buscan el apoyo de aquellos mismos reyes á los que dominaban en la Edad Media. Es el principio de una nueva era política en la cual ya no son los papas, sino los reyes, órganos de las naciones, los que representan el primer papel.

V.

¿Cuál ha sido la influencia del papado en el estado político de la Europa durante la época de su dominación? Á últimos del siglo XII, la Europa

(1) Véase mi *Estudio sobre el Pontificado y el Imperio*.

está constituida poco más ó ménos como se halla hoy. Los dos pueblos que se hallaban bajo la influencia inmediata de la santa sede no habían conseguido su unidad. Algunos escritores católicos han querido hacer de los papas los defensores de la libertad italiana. Nosotros creemos, con *Maquiavelo*, que el papado es incompatible con la independencia y la unidad de la Italia: si la lucha del sacerdocio y del imperio sustrajo á la dominación de la Alemania las ciudades italianas, fué para entregarlas, desnudas y divididas, á merced de todos los conquistadores. La Alemania se vió desgarrada y debilitada por su guerra contra el papado en el momento mismo en que más necesitaba de todas sus fuerzas para realizar su poderosa unidad; y fueron los papas los que arrojaron allí la semilla de una división irremediable, ayudando á los príncipes á hacer electiva la corona, lo cual hizo de la Alemania una confederación de príncipes presidida por el emperador, pero sin unidad y sin fuerza. Los dos reinos en los cuales se apoyaron los papas para su guerra con el imperio presentan un espectáculo bien diferente: la Francia y la Inglaterra se constituyen en naciones independientes y fuertes. La Francia otorga libremente su apoyo á la santa sede, conservando siempre su independencia. La Inglaterra se somete algún tiempo á las leyes de Roma, pero más bien que la nación eran sus reyes; y tan luego como un príncipe enérgico ocupó el trono, proclamó su independencia. ¿Fué debida á la acción del papado la unidad de la Francia y de la Inglaterra, como se la deben atribuir la división y el enflaquecimiento de la Alemania y de la Italia? Los papas tenían interés en que fuesen fuertes los pueblos sobre quienes se apoyaban, y nada hicieron para detener ó contrariar el desarrollo natural hácia la unidad en Francia y en Inglaterra; mas no por ser negativa, su influencia fué ménos eficaz.

Á últimos del siglo XIII se observa ya un principio del nuevo sistema político en Europa. Ha cesado el aislamiento; los reyes de Francia y de Inglaterra intervienen en las elecciones del imperio de Alemania; se forman coaliciones, los intereses se complican. Pero en medio de la diversidad hay un principio de unidad cuya causa hay que buscar en la Iglesia y en el papado. Todavía es éste el que une á los pueblos del Occidente en las guerras que se llaman santas y que fueron tales por lo

ménos en el sentido de que prepararon la unidad del mundo.

II.—El papado y el Oriente.

I.

Las cruzadas han fundado la unidad política de la Europa. Cuando comienzan, apenas se conocen los pueblos cristianos unos á otros; mas de pronto se encuentran mezclados y agrupados para la misma empresa, persiguiendo un mismo fin, animados de un mismo espíritu, teniendo todos un mismo enemigo. Las guerras santas no son la obra de tal ó cual nación, sino de toda la cristiandad. Sin embargo, no son confusas muchedumbres las que se lanzan sobre el Asia; la proximidad de las diversas razas hace ostensible la diferencia de sus caracteres, de sus disposiciones y de sus tendencias, y se muestra en germen la gran ley de la humanidad, la unidad en la diversidad. Las cruzadas, al dar á los pueblos cristianos la conciencia de su fraternidad, establecen un vínculo entre el Occidente y el Oriente; los dos mundos son profundamente hostiles, pero la oposición, el odio mismo, es el primer paso hácia la unión. Tal es la ley providencial que se descubre en las sangrientas luchas de los hombres; al ver su animosidad, se diría que van á aniquilarse mutuamente, y, sin embargo, acaban por darse las manos fraternalmente.

La política del papado recorrió esas mismas fases. Su primer llamamiento á la Europa es un grito de guerra; á tener poder para ello, hubiera querido aniquilar á los enemigos de Cristo; apenas si pensaba en convertirlos á su ley. Pero las guerras á muerte no son nunca de larga duración; la lucha no tarda en convencer á los más apasionados de que no es dado al hombre destruir lo que Dios ha creado; y los papas, desesperando de vencer á los Sarracenos, procuran convertirlos. Aún cuando aquellas tentativas de propaganda fracasaran, no por eso ofrecen ménos interés, porque muestran la verdadera vía por la cual debe el mundo llegar á la unidad: la unidad religiosa no puede establecerse por la fuerza, debe ser resultado de la persuasión. Se necesita, pues, que la lucha se empeñe en el terreno de las ideas. Las primeras relaciones intelectuales del Oriente y del Occidente tienen algo de candoroso; al ver á los papas exponiendo los

dogmas católicos á los sultanes, no puede uno ménos de sonreírse por la excesiva confianza que muestran en la verdad de su doctrina. Es aquel un resultado en la estrechez de espíritu, producto de un dogma exclusivo. También los Sarracenos, los enemigos de la cristiandad, están muy convencidos de la verdad del Corán. Y en aquella colisión de dos religiones igualmente exclusivas se descubre una gran enseñanza: ambas á dos pretenden hallarse en posesión de la verdad absoluta; ¿no podría ser eso una prueba de que no existe para el hombre la verdad absoluta? Que esto no nos desaliente en los esfuerzos que hacemos para conocerla: para nuestra tranquilidad lo mismo que para nuestra ambición, es bastante que á medida que avanzamos en el cumplimiento de nuestro destino se vayan disipando las nubes que oscurecían nuestra vista, y que nuestro espíritu se vaya iluminando con un nuevo rayo de la verdad eterna; pero sólo Aquel que es la Verdad la ve en todo su esplendor.

En la segunda mitad del siglo XII, el papa Alejandro III se dice que recibió cartas del sultán de Iconium, en las cuales el príncipe mahometano manifestaba deseos de abrazar la fe de Jesucristo. El hecho es poco probable, porque de todos los pueblos que se llaman infieles, los ménos dispuestos á convertirse al Evangelio son los Mahometanos, y por otra parte, la lucha á muerte de las cruzadas era ocasión poco oportuna para hacer des-pertar aquel deseo en el sultán. Pero sea de esto lo que quiera, el papa le respondió, y su carta es una instrucción acerca de los grandes misterios del cristianismo. El soberano pontífice confiesa que el dogma de la Trinidad traspasa los límites de la inteligencia humana; pero que, cuanto más oscura es la cosa y más difícil de creer, tanto más mérito hay en la fe. Procura probar que aquella creencia es anterior al cristianismo y que trae su origen de Moisés. Si la prueba pudiera hacerse, existiría un vínculo más entre el cristianismo y el mahometismo, puesto que una y otra religión proceden de la judaica. El pecado original y la Encarnación del Hijo de Dios para rescatar á los hombres de la condenación eterna son misterios todavía más incomprendibles que la Trinidad. ¿Cómo creer que un Dios nace y muere? Consiste, responde Alejandro, en que Jesucristo era á la vez hombre y Dios. Pero en eso estriba precisamente la dificultad: ¿cómo un mismo ser puede ser á un tiempo finito é infinito?

El papa no desata esta dificultad, y termina recomendando al príncipe sarraceno que reciba el bautismo para entrar en la sociedad de los predestinados (1).

No se sabe, dice *Fleury*, que aquella carta produjese efecto. Las relaciones entre los papas y los príncipes sarracenos continuaron, pero sin otro objeto que el canje ó rescate de los prisioneros. Otras dos cartas nos quedan de Saladino y de su hermano al papa Lucio III, contestando á invitaciones que les habían sido hechas por la santa sede; aquellas cartas nos demuestran la alta idea que se tenía del papa en Oriente. Los mahometanos tenían también un jefe espiritual, el califa, y nada más natural que atribuir al soberano pontífice las ideas orientales relativas al jefe de los creyentes: "Sabemos, decían los príncipes sarracenos á Lucio, que todos los cristianos os obedecen y os temen, y que nadie se atrevería á contradecir vuestras órdenes." El tono de la correspondencia era, por lo demás, muy amistoso. Saladino dice que ha recibido la carta del papa *con mucho placer y satisfacción*, y aún es más prodigo en demostraciones afectuosas el hermano de Saladino, puesto que considera al papa *su mejor amigo*. No hay en sus palabras un átomo de fanatismo; sus pensamientos son religiosos, pero de tal naturaleza, que todas las creencias podrían aceptarlos. Malek-Adhel ruega á Dios que inspire al pontífice de Roma, y le inspire á él mismo, acerca de lo que conviene hacer, *con el auxilio de la gracia divina, para la salvación de los cristianos y de los musulmanes* (2).

Saladino dió el golpe de gracia al poder de los cristianos en la Palestina, apoderándose de la Ciudad Santa, que ha continuado desde entonces en poder de los infieles. Inocencio III empleó toda su influencia para reconquistar el sepulcro del Señor; pero como gran político, no se hacía ilusiones sobre los resultados de las cruzadas: no esperaba tampoco traer á los Sarracenos á Jesucristo, ni por la fuerza ni por la persuasión. En una carta que escribió al hermano de Saladino, Inocencio propuso una especie de transacción, una tregua perpetua entre el Oriente y el Occidente, y no exigía de los Sarracenos más que la ciudad de Jerusalén: "Esa posesión, les decía, es poco ventajosa para

(1) *Epist. ALEXANDRI ad Soldanum Iconii* (MANSI, XXI, 809).

(2) Las dos cartas se encuentran en *RAOUL DE DICET, Imágenes históricas* (BOUQUET, XVII, 628).